

LA JOYA DE LA CORONA



# La Joya de la Corona

PAUL SCOTT

Año de 1942. El imperio japonés se expande arrollador en Extremo Oriente y amenaza con arrebatarse a la Corona Británica la que, según frase célebre de Benjamin Disraeli, es su joya más preciada: la India. La coyuntura es aprovechada por Gandhi, que incita a sus compatriotas a la sedición; el llamado surte efecto, desatándose una serie de hechos de violencia que acrecientan el historial de insurrecciones contra una dominación que, hoy sabemos, se extendería por muy pocos años más.

Dos mujeres, inglesas residentes en la ciudad ficticia de Mayapore (India): apenas tienen noticia la una de la otra; pero sobre sus múltiples diferencias tienen en común el simpatizar con la población nativa, no obstante lo cual resultan ser víctimas del furor desatado en la referida sublevación.

*A Dorothy Ganapathy, con amor*

## Capítulo 1

### *Miss Crane*

Imaginad, pues, un paisaje llano, de momento oscuro, pero que aun así infunde a una muchacha que corre, en la sombra aún más oscura que proyecta el muro de los jardines Bibighar, una idea de inmensidad, de distancia, tal como años antes *Miss Crane* había tenido conciencia de contemplar donde una trocha moría y comenzaba tierra de cultivo: un paisaje distinto pero también en la llanura de aluvión, entre los montes del norte y la meseta del sur.

Es una panorámica que unas horas antes, entre el aguacero y la breve luz crepuscular, extraía color del espectro del sol poniente y teñía cada una de sus propias superficies capaces de absorber luz: las paredes ocres de las casas de la ciudad vieja (asimismo maculadas por su pasado sangriento y su presente inquieto); el agua de río que fluye y el agua estancada de los depósitos; el rastrojo reluciente, la tierra arada de campos distantes; el metal de la grandiosa carretera general. En este paisaje escasean los árboles, menos entre los *bungalows* blancos del sector civil. En el horizonte se recorta la mancha violeta de los cerros.

Ésta es la historia de una violación, de los sucesos que la ocasionaron y los que la siguieron, y del lugar en donde aconteció. He aquí la acción, las personas y el sitio; todo ello guarda una relación mutua, pero en su totalidad incommunicable y aislada del continuum moral de los asuntos humanos.

En el caso de los jardines Bibighar hubo varias detenciones y una investigación. No hubo un juicio en el sentido jurídico. Desde entonces algunos han dicho que hubo una especie de proceso en curso. Esas personas afirman que, de hecho, la historia que dio comienzo en Mayapore, el atardecer del 9 de agosto de 1942, finalizó con el espectáculo de dos naciones en violenta oposición, no por primera vez ni tampoco por última, porque ambas seguían aún fundidas en un abrazo imperial de tanta antigüedad y sutileza que ya no les era posible saber si se odiaban o se amaban,

o qué era lo que las mantenía unidas y parecía haber confundido la imagen de sus destinos separados.

En 1942, que fue el año en que los japoneses derrotaron al ejército inglés en Birmania y Gandhi comenzó a predicar la sedición en la India, los británicos que a la sazón vivían en el acantonamiento civil y militar de Mayapore tuvieron que admitir que el futuro no se auguraba prometedor. Habían afrontado malos tiempos antes, sin embargo, y pensaban que podrían encararlos de nuevo, que ahora sabían qué suelo pisaban y que no podría haber más examen de conciencia por un largo tiempo respecto a los aciertos y los entuertos de su filosofía y administración colonial-imperialista.

Como les complacía expresar en el club, el quid de la cuestión estribaba en que lo primero es lo primero, y cuando supieron que *Miss Crane*, la supervisora de las escuelas misionales del distrito protestante, había descolgado el cuadro de Gandhi de las paredes de su despacho y ya no invitaba al servicio del té a mujeres indias, sino a jóvenes soldados ingleses, sintieron a la vez gratitud y regocijo. En tiempo de paz, las opiniones podían ser tan diversas y ex-céntricas como uno quisiera. En tiempo de guerra había que cerrar filas; y si iba a ser una cuestión de bandos, *Miss Crane* parecía haber mostrado por fin en cuál de ellos estaba.

Lo que pocos sabían era que las mismas mujeres indias habían tomado la iniciativa en lo referente al té de los martes en el *bungalow* de Edwina Crane. Ella, por su parte, sospechaba que habían sido sus maridos quienes les habían disuadido de asistir a la cita semanal, no sólo por la afrenta al retrato de Gandhi, sino por si acaso tales visitas eran consideradas, en aquel año explosivo, un acto de adulación al *raj*. Lo que más le dolía era que ninguna de las mujeres se hubiera tomado la molestia de comunicarle sus razones. Pura y simplemente, una por una o de dos en dos, habían dejado de ir y formulaban débiles excusas cuando

Miss Crane encontraba a alguna en el bazar o en el trayecto a las aulas de la escuela misional.

Lamentaba lo de las mujeres a las que siempre había alentado a ser francas con ella, pero en absoluto lo del retrato de Gandhi. Ellas tenían una excusa; Gandhi, en cambio, no. Ella opinaba que él se estaba comportando de un modo abominable. Se sentía, de hecho, defraudada. Se había reído durante años de los europeos que decían que no era un hombre de fiar, pero ahora Gandhi había cursado lo que parecía ser una invitación a los japoneses para que fueran a ayudarle, a él y a la India, a desembarazarse de los ingleses; y si él pensaba que ellos serían amos mejores, entonces ella sólo podía concluir que había perdido el juicio o, todavía peor, que estaba demostrando que su filosofía de la no violencia tenía un lado oscuro que implicaba la invalidación total de cada uno de sus aspectos. Al parecer, los japoneses iban a encargarse de ejercer la violencia en su nombre.

En virtud de su recelo reciente hacia el Mahatma y de su decepción por el comportamiento de las mujeres (la clase de desilusión que realmente se le había tornado familiar), se preguntaba si no debería haber dado un mejor empleo a su vida entre sus compatriotas, convenciéndoles de que apreciaran las cualidades de los indios, en lugar de entre los hindúes, tratando de demostrarles que al menos una ciudadana inglesa les admiraba y les respetaba. Tenía que reconocer que un análisis minucioso de su trabajo revelaría que, en lo esencial, la gente con quien había hecho mejores migas era de sangre mezclada; lo cual parecía, quizá, recalcar el hecho de que ella misma no era ni una cosa ni otra: una maestra sin títulos académicos, una misionera que no creía en Dios. Nunca había sido totalmente aceptada por los indios y había tendido a rechazar a la generalidad de los ingleses. En ello había una cierta ironía. Los indios, pensaba, podrían haberla tomado más en serio si ella no hubiera sido una representante del tipo de organización de

la que ellos se aprovechaban con gusto pero hacia la cual pervivían viejas suspicacias. Por la misma razón, si ella no hubiera trabajado en la misión, nunca, creía, habría adquirido una admiración por los indios a través del amor y el respeto por sus hijos, ni tampoco habría concebido tan aguda crítica de su propia raza, en cuya custodia aparentemente negligente e indiferente residía el futuro de aquellos niños y el bienestar presente de sus padres. Nunca había tenido escrúpulos en airear su crítica. Lo cual, posiblemente, había sido un error. Los ingleses siempre tomaban esa censura de un modo muy personal.

Sin embargo, *Miss Crane* pertenecía a una generación que acataba (aun cuando no creyese enteramente en ellas) ciertas reglas simples para una acción resuelta. Ella se decía que nunca era demasiado tarde para rectificar o intentar rectificar. Pensando en los jóvenes soldados británicos que llegaban a Mayapore en número siempre creciente, y recordando que casi todos ellos parecían recién salidos de casa, escribió al oficial jefe de puesto, tuvo una entrevista con él y convinieron en que ella invitaría al té a un grupo de hasta doce soldados todos los miércoles por la tarde, desde las cinco hasta las seis y media. El oficial le agradeció su generosidad y le dijo que ojalá más personas cayeran en la cuenta de lo que significaba para un muchacho inglés sentirse de nuevo en casa, aunque sólo fuera durante un par de horas. Por mucho que agitasen banderas, las mujeres del acuartelamiento tendían a albergar un prejuicio contra la «otra categoría» de ciudadanos ingleses. El oficial no lo dijo, pero la insinuación estaba en sus palabras. *Miss Crane* dedujo de su porte y habla que él mismo procedía de la tropa. El militar dijo que esperaba que ella no tuviese que lamentar su ofrecimiento. Los jóvenes soldados, aunque en su mayoría calumniados, en realidad propendían a ser torpes y ruidosos. Ella no tenía más que telefonearle si la situación la superaba o si deseaba formular alguna queja. Ella sonrió y le recordó que la vida que llevaba nunca había



sido una existencia protegida, y que a menudo la habían calificado en Mayapore de solterona correosa. Los soldados que fueron a tomar el té al *bungalow* de *Miss Crane* hablaban con acento *cockney* pero no eran gente desmañada. Con una sola excepción, un muchacho llamado Barrett, manipulaban la porcelana con destreza entre sus manos grandes. No eran demasiado tímidos ni hacían excesivo ruido. Las reuniones siempre acababan cobrando una libertad y una desenvoltura agradables. Después, desde la veranda delantera, ella les despedía con la mano mientras ellos atravesaban el sendero de su jardín hermosamente cuidado. Más allá de la cancela encendían cigarrillos y retornaban a los cuarteles como un puñado de camaradas, produciendo cierto estrépito con sus botas en el duro pavimento de la carretera. Después de haber ayudado a Joseph, su viejo criado hindú, a recoger la mesa, *Miss Crane* se retiraba a su habitación para leer informes y despachar la correspondencia con la sede central de la misión, y —puesto que el té de los soldados era el miércoles y el jueves era su día de visita a la escuela de Dibrapur, a setenta y cinco millas, donde pernoctaba— a preparar su maletín para el viaje y vigilar un molde de dulces hervidos que llevaría de regalo a los niños de la escuela. Mientras hacía estas cosas también encontraba tiempo para pensar en los soldados.

Tenía un particular cariño a uno de los jóvenes asiduos. Se llamaba Clancy. Era lo que las personas de clase media de su generación hubiesen denominado un caballero por naturaleza. Era Clancy el invitado que se sentaba el último y se levantaba el primero, Clancy quien se ocupaba de que no le faltase una porción del pastel de frutas que ella misma había hecho y de que no se quedara sin azúcar a fuerza de pasar el azucarero de un lado a otro de la mesa. Siempre le preguntaba cómo estaba, y respondía con suma lucidez a las preguntas de *Miss Crane* acerca de la instrucción, los deportes y la vida comunal en los cuarteles. Y mientras que los demás la llamaban Mami o Señora, Clancy siempre

la llamaba *Miss Crane*. Ella, por su parte, ponía un meticuloso esmero en conocer los nombres de todos y en dignificarlos con el prefijo «Mister». Sabía que los soldados rasos detestaban que les llamasen por su nombre de pila si la persona que les dirigía la palabra era una mujer. Pero si bien jamás omitía decir *Mister Clancy* cuando se dirigía a él, pensaba en el muchacho simplemente como Clancy. Era un nombre bonito, y los amigos le llamaban así o le llamaban Clance.

Le agradó advertir que Clancy gozaba de la estima de sus compañeros. A nadie molestaban ni nadie se burlaba de sus atenciones para con *Miss Crane*. Parecía ser un dirigente nato. Inspiraba respeto. Era bien parecido, y su uniforme de camisa caqui y pantalones cortos le sentaba mejor que a los otros soldados. Tan sólo su acento y sus manos —de uñas melladas, nunca totalmente limpias de vestigios de grasa y aceite por el trato con fusiles y pistolas— delataban su condición de miembro ordinario del rebaño. A veces, cuando se habían ido y ella revisaba sus carpetas y pensaba en ellos, *Miss Crane* se entristecía. Algunos de aquellos chicos, y Clancy más fácilmente que los otros, debido a que estaba destinado a asumir un puesto de responsabilidad, podían caer en combate. También le entristecía, pero de modo distinto, cuando se le pasaba la idea por la cabeza, cosa inevitable, que probablemente todos se reían de ella a escondidas y la mencionaban, cuando no podía oírles, como la solterona que servía infusión y pastelillos.

*Miss Crane*, como sabía la dirección general de la misión, era una mujer inteligente y perspicaz cuyo entendimiento, sentido común y aptitudes organizativas compensaban de sobra lo que en una persona enrolada en la docencia cristiana constituía un valor dudoso: su agnosticismo, por ejemplo, y sus simpatías fundamentalmente angló-fobas por verterse en favor de los hindúes.

Edwina Crane había vivido en la India treinta y cinco de sus cincuenta y siete años de vida. Había nacido en Londres en 1885, hija de padres moderadamente desahogados de la clase media; su madre murió prematuramente y ella consumió su adolescencia y primera juventud cuidando de su difunto padre solitario, un maestro que acabó por aficionarse a la botella y a la soledad, de forma que los pocos amigos que tenían se habían ido distanciando paulatinamente, junto con los alumnos que asistían a su colegio privado. El padre murió en un estío eduardiano, cuando ella contaba veintiún años, dejándola sin un céntimo y sin servir para más, ella pensaba, que el oficio de ama de llaves o señorita de compañía. La fragancia de los limeros con flores en marcitación subsistió en su memoria como el olor de la muerte. Ella creyó haber tenido suerte cuando el primer empleo que obtuvo fue el de institutriz de un chiquillo mimado que la llamaba Cacatúa e intentó escandalizarla una noche con un alarde de sexualidad precoz en la habitación de los niños.

Fue un escándalo frustrado. En los últimos estadios de la enfermedad de su padre ella había tenido que afrontar su incontinencia, y anteriormente sus arrebatos ebrios, en los que él no se había privado de decirle aquellos hechos de la vida que ella no había aprendido todavía ni de ridiculizarla por su nariz larga, su escaso atractivo físico y sus ténues esperanzas de contraer matrimonio. Sobrio, se avergonzaba siempre, pero no tenía arrestos para confesarlo. Ella lo entendía, y porque lo entendía aprendió a valorar el coraje en los otros y a intentar firmemente, aunque no siempre con éxito, mostrarlo ella misma. En algunos sentidos, su padre era como un niño para ella. A su muerte le lloró, y luego secó sus lágrimas y vendió la mayor parte de las pocas pertenencias que quedaban para pagarle un entierro decente, tras haber rechazado la ayuda económica del tío rico que se había mantenido lejos en vida de su pa-

dre y el apoyo moral de los primos pobres que reaparecieron en cuanto estuvo muerto.

Así que el chiquillo no la escandalizó. Tampoco logró cautivarla. Cuando vivía sola con su padre se había sentido inclinada a creer que él y ella eran de un género aparte, elegidos para acarrear una cruz especial compuesta de alcoholismo y pobreza digna, pero el hogar pudiente y abstemio donde fue a vivir después también parecía una casa infeliz, y esta constatación tuvo por efecto presentarle el mundo que ella conocía trágicamente pequeño en el preciso momento en que podría haberse ido ensanchando. Fue el deseo de encontrar, en un universo ignoto, un lugar que le pareciera nuevo y reciente y, si no alegre, al menos aventurero y merecedor de esfuerzo, lo que le movió a solicitar un puesto de niñera y señorita de compañía de una mujer que regresaba a la India con dos niños pequeños. La señora, de semblante pálido y aspecto delicado, pero que resultó resistente, le explicó que si la persona que obtuviese el empleo lo desempeñaba satisfactoriamente podría quedarse en la India al final del viaje en calidad de institutriz. De no ser satisfactoria, dicha persona encontraría sin dificultad un trabajo parecido con una familia que volviese a la patria, y, si no lo encontraba, ella le pagaría el pasaje a Inglaterra. La señora pareció encariñarse con ella y *Miss Crane*, en consecuencia, fue contratada.

La travesía fue grata, porque la señora Nesbitt-Smith la trató como a un miembro de la familia y los niños, una chica y un chico, ambos de ojos azules, dijeron que la amaban y querían que viviese con ellos para siempre. Al llegar a Bombay fue a recibirles el comandante Nesbitt-Smith, que asimismo la trató como a una de la familia; pero *Miss Crane* no pudo evitar el percatarse de que a partir de aquel momento la mujer del comandante adoptó poco a poco una actitud distante, y que para cuando arribaron a la guarnición del marido en Punjab la trataba no exactamente como a una criada, sino como a una pariente pobre con la que de

un modo u otro la familia había cargado y de la que temporalmente estaba haciendo uso. Fue la primera experiencia que *Miss Crane* tuvo del esnobismo en el extranjero, que jamás era lo mismo que el esnobismo en la isla, porque lo complicaban las exigencias, a veces contrapuestas, de la solidaridad y la supremacía blancas. Sus patrones consideraron un deber otorgarle un reconocimiento que no hubieran concedido al hindú de más alta cuna, y al mismo tiempo cedieron a un fuerte impulso de situarla en uno de los peldaños más bajos de la escalera de su propia sociedad autónoma, más bajo fuera del domicilio familiar que dentro, donde, por supuesto, ocupaba una posición muy superior a la de cualquiera de los sirvientes indígenas. *Miss Crane* desaprobaba esta preocupación respecto al lugar social de cada uno y al motivo de esta jerarquía. Contrariaba la veta crecientemente liberal de su conciencia en progresivo fortalecimiento. Igualmente parecía dificultar mucho la vida. Pensaba que la señora Nesbitt-Smith pasaba en ocasiones verdaderos apuros para saber qué expresión poner cuando hablaba con ella, y decidió que la confusión en que a menudo se veía sumida explicaba el semblante frecuente de inquietud, casi de dolor, por no tener más remedio que hablarle.

Estuvo tres años con los Nesbitt-Smith. Era una muchacha de constitución fuerte, lo que significaba que rara vez caía enferma, incluso en aquel clima difícil. Quería a los niños, y reaccionaba ante la cortesía de los sirvientes superando la timidez que estaba acostumbrada a sentir en Inglaterra. Aquello era, por otra parte, la India, que al principio le había parecido extraña, hasta pavorosa, pero poco después llena de compensaciones que le costaba enumerar, pero sentía en el alma. Tenía pocos amigos y se notaba aún aislada de las personas en cuanto individuos, pero había adquirido conciencia de un sentido de comunidad. Ella sabía que ese sentimiento brotaba de la llamada, raramente formulada pero siempre insistente, aun cuando muda, a

una solidaridad de clan que formaba parte de la pauta social que había advertido temprano y desaprobado entonces. Seguía desaprobándola, pero era lo bastante sincera para reconocer que aquel sistema había sido en todo momento una fuente triste, aunque sobradamente auténtica, de comodidad y protección. La sensación de miedo abundaba en la India, y era bueno sentirse a salvo, saber que por mucha frialdad con que a veces pudiese tratarla la señora Nesbitt-Smith, ella y los suyos se unirían siempre como una pina en torno a *Miss Crane* si alguna vez la amenazaba cualquier clase de peligro desde el exterior del venturoso círculo de privilegio en cuya periferia ella vivía su vida. Sabía que la India pródiga en compensaciones era únicamente la del hombre blanco. Pero era ya una especie de India, y eso, por lo menos, representaba un comienzo.

En aquella época se enamoró, no del joven capellán adjunto del puesto, que algunas veces, dirigía los oficios en la iglesia protestante local (y que podría haber sido un buen partido; el hombre, de hecho, respecto del cual la señora Nesbitt-Smith, en sus buenos momentos, le tomaba el pelo y hacia quien la empujaba risueñamente), sino secretamente y sin esperanza de un tal teniente Orme, guapo como Apolo, tan amable, atento y jovial con ella como un héroe de una novela romántica, y tan ignorante o despreocupado de la opinión de *Miss Crane* como su buena presencia le autorizaba a ser en un destacamento notable aquel año por el número de chicas bonitas y bien situadas entre las cuales podía hacer su elección: prendada sin esperanza porque no tenía posibilidades; y secretamente porque descubrió que no se ruborizaba ni actuaba nerviosamente en su presencia, y la señora Nesbitt-Smith, aun en el caso de que se hubiera tomado la molestia de observar las reacciones de la institutriz de sus hijos ante un hombre tan magníficamente dotado, en todo sentido, como el teniente Orme, no habría podido decir que *Miss Crane* escondía anhelos de una naturaleza que, por tradición, le estaba totalmente vedada. No

enrojecer ni comportarse torpemente eran cosas que desconcertaban a *Miss Crane*. El corazón le latía más aprisa cuando él estaba cerca, y quizá le invadía una ligera sequedad en la boca, pero llegó a la conclusión de que sus sentimientos debían de ser demasiado intensos y perfectamente adultos para que se condujera como las chicas estúpidas que perdían los nervios y no sabían nada de la realidad del mundo.

Cuando el teniente Orme fue trasladado, todavía sin haber contraído un compromiso y con su buena estrella de costumbre, como ayudante de campo de un general, para frenética decepción de no menos de veinte chicas agraciadas, igual número de feas y las madres de todas ellas, *Miss Crane* creyó que nadie pudo haber sospechado el grado en que esta partida ensombreció su propia vida. Sólo los niños, sus dos más íntimos contactos humanos, notaron que su talante cambiaba. La observaron con aquellos ojos de la clase media alta, todavía extraordinariamente azules pero ahora más viejos y calculadores, y le preguntaron:

—¿Qué le ocurre, *Miss Crane*? ¿Le duele algo, *Miss Crane*? —bailando alrededor y cantando «Ojalá que Crane sane», de suerte que ella perdió la compostura, les abofeteó y les mandó berreando, a través de la sombra y de la luz del sol, a que les consolara la vieja aya, por la que ella sabía que ahora sentían predilección.

Antes de que comenzara la siguiente temporada de calor, el regimiento del comandante Nesbitt-Smith recibió la orden de regresar a casa.

—Yo y los niños iremos por delante —oyó que la mujer del militar decía a una amiga—, y Crane, naturalmente, vendrá con nosotros.

Cuando hablaba de ella a otros la señora Nesbitt-Smith la llamaba normalmente Crane, pero por lo demás era *Miss Crane* si hablaba con ella a solas o en presencia de los niños, y, en los contados instantes de afecto y gratitud, la llamaba Edwina, como por ejemplo cuando estaba postrada